



NICOLE LORAUX

La invención de Atenas

HISTORIA DE LA ORACIÓN FÚNEBRE
EN LA "CIUDAD CLÁSICA"

conocimiento

katz

Esta reseña tiene un propósito claro: indicar para quién y para qué puede resultar útil la lectura de este libro y disuadir de antemano a los incautos. *La Invención de Atenas*, de Nicole Loraux (1943-2003), ha sido publicada en castellano por Katz Editores. El original lo constituye la edición ampliada en 1993, realizada por la editorial Payot, de la tesis doctoral de Mme. Loraux, dirigida por el afamado Pierre Vidal-Naquet y publicada en 1981. A lo largo de estas líneas, el lector podrá descubrir qué puede aportarle esta obra de la investigadora francesa más allá de un título que es engañoso.

Para evitar falsas expectativas, es necesario aclarar que esta obra de Nicole Loraux constituyó un primer paso en la trayectoria de la autora gala: un libro que esconde grandes promesas que, por desgracia, sólo se cumplen a medias. No en vano nos encontramos ante una tesis doctoral tardíamente reelaborada en forma de libro, y es evidente que la autora estaba más pendiente de defenderse de las objeciones de su tribunal que de perfeccionar su estilo literario y crear un producto que resultase atractivo a los profanos.

También contribuye a acrecentar la decepción el nefasto trabajo de traducción y presentación que ha realizado la editorial. La traducción no puede ser calificada como "endeble", lo que sería un eufemismo, sino que debe ser descrita como realmente horripilante. Quienquiera que la haya traducido no sólo demuestra muy poca pericia a la hora de volcar del francés al español determinados giros propios de la lengua original, sino que además revela una absoluta ignorancia de las normas de transcripción de la escritura griega y de los nombres propios helenos. Un estudiante poco avezado podría pasar horas preguntándose quién es *Hellanikos*, cuando poco costaría transcribir el nombre como Helánico, que es como aparece en las obras de consulta al uso. Ignorar que en español el nombre propio *Miltiades* se ha consolidado en la tradición como Milcíades es imperdonable. Para no caer en semejantes despropósitos, hubiera sido casi preferible mantener los nombres originales en alfabeto griego.

Sin embargo la carencia de erudición filológica del traductor no es el peor defecto de la versión en lengua española ya que, para acabar de empeorar las cosas, la editorial ha tomado la decisión de remitir las notas y referencias críticas de la obra original a una página web, sin incluirlas a pie de página o al final del capítulo. Si el

NICOLE LORAUX, *La invención de Atenas. Historia de la oración fúnebre en la "ciudad clásica"*, traducción de Sra Vassallo, Katz Editores, Madrid, 2011, 360 pp. ISBN 978-84-92946-40-2. (*L'invention d'Athènes. Histoire de l'oraison funèbre dans la "cité classique"*, 1981).

lector desea contrastar la bibliografía utilizada por la autora, tendrá que llevar a costas un ordenador con conexión a Internet, lo que es, por decirlo suavemente, poco ergonómico. Los pequeños defectos de forma de esta edición en castellano son realmente imperdonables, e indignos de un libro cuyo precio ronda los 30€. Pero dejemos las lamentaciones y pasemos al asunto.

“La invención de Atenas” tiene como objeto de estudio un subgénero particular de la oratoria ateniense: el discurso fúnebre, uno de los menos representados en el conjunto de la oratoria clásica, pero uno de los más representativos a nivel ideológico. El discurso fúnebre ateniense constituye algo más que un elogio a unos difuntos en particular. Se pronuncia en el contexto de una ceremonia pública, a cargo de un personaje público relevante, para conmemorar a los caídos en defensa de Atenas. Puesto que es así, Loraux intuye que los discursos fúnebres no sólo nos ayudan a reconstruir la imagen que la ciudad de Atenas tiene de su sistema político (la democracia), sino que, dado que los discursos que conservamos cubren prácticamente todo el período de vigencia de la democracia ateniense (siglos V y IV a.C.), también nos pueden ayudar a rastrear los cambios en dicha percepción política.

La principal objeción que se puede hacer a la autora es que ha incluido dentro de este subgénero dos discursos fúnebres que no provienen de la oratoria propiamente dicha, sino de géneros aparentemente tan dispares como la historiografía (el discurso fúnebre de Pericles, que Tucídides incluye en el libro II de su obra) y la filosofía (el incluido por Platón en el *Menexeno*). Se trata, además, de dos discursos que, en el contexto de las obras en las que se enmarcan, ocupan un lugar claramente contradictorio, que ya en la Antigüedad dejó perplejos a críticos como Dioniso de Halicarnaso. Nicole Loraux, sin embargo, los trata invariablemente como genuinos, junto con lo poco que queda de su homólogo de Gorgias, y los *Epitafios* de Lisias y Demóstenes.

El núcleo de su tesis es el siguiente: que el discurso fúnebre trasladada al ámbito de los difuntos, con independencia de su origen y condición social, los valores de la aristocracia, y que no existe absolutamente ninguna referencia directa a los valores propios del sistema democrático. En otras palabras: en estos actos públicos los valores democráticos son los propios de la aristocracia (virtud, valentía). En cierto sentido, la muerte al servicio de Atenas es una buena muerte, que confiere nobleza a los caídos. Sin embargo, el elogio de los difuntos debe ir acompañado de un elogio de los vivos, si entendemos que el ennoblecimiento se deriva del hecho de morir por Atenas y no por otra polis. Por lo demás, se trata de una ceremonia que combina dos elementos que se mantienen en permanente disonancia: la igualdad y anonimato de los caídos, por una parte, y el hecho de conferirles, como he dicho, atributos aristocráticos.

La obra se estructura en tres partes claramente diferenciadas: en la primera, Loraux desarrolla las premisas de su tesis y nos expone qué es el *logos epitafios* y sus ramificaciones políticas e ideológicas. Es, con mucho, la parte más endeble de la obra, no ya por las objeciones que he expuesto antes, sino porque es prolija y repetitiva en exceso. El lector se encontrará ante un texto difícil en el terreno conceptual, con un estilo áspero, y enervante a nivel formal. Casi se puede prescindir de las primeras cien páginas del libro y entrar en materia a partir de la segunda sección, donde la autora acomete la tarea de analizar uno por uno los distintos discursos fúnebres. Ésta es, con diferencia, la parte más trabajada y más útil del libro. Sus análisis de Tucídides, Lisias y Demóstenes son convincentes; más flojo es su trabajo con Platón. Con todo, el estudioso de la oratoria ática encontrará material de gran calidad y una buena base para ulteriores reflexiones.





Por lo demás, el análisis de Mme. Loraux no se limita al plano conceptual, donde se revela como clara deudora de pensadores como Vernant y Gernet, por no mencionar al propio Vidal-Naquet, sino que no elude el estudio de la *Realia* y el análisis filológico tradicional. Sin embargo, el lector debe ser precavido, en especial en lo referente a Tucídides y Platón, y toda lectura de esta obra debe hacerse con sumo cuidado. Revela, esto hay que admitirlo, gran lucidez en su conocimiento del universo conceptual de la oratoria, pero la historiografía no es su fuerte.

Es cierto que aparecen en estado embrionario las inquietudes de obras posteriores de Mme. Loraux: la construcción de la identidad ateniense, los conflictos ideológicos de la ciudadanía, su horizonte de expectativas, sus formas de auto-representación... No en vano la autora ha intentado, con éxito variable, rastrear los aspectos identitarios de la oración fúnebre como un invento genuinamente ateniense, radicalmente distinto e incompatible con la oración fúnebre romana. Nos retrata la democracia ateniense como una primera síntesis incómoda entre el individuo y la colectividad, entre los valores aristocráticos tradicionales y la democracia radical que surge de las Guerras Médicas y las posteriores reformas de Efiltes. Por desgracia, la oración fúnebre es un género cuantitativamente poco importante en la oratoria clásica griega, y constituye una base un tanto vulnerable para un análisis en profundidad de la ideología ateniense. Es, por si fuera poco, un discurso que no admite réplica, un acto de ambigua demagogia: no se puede elogiar a los difuntos sin elogiar y despreciar simultáneamente a los vivos, dificultad que la autora, que en ocasiones se deja llevar por una dialéctica un tanto abstrusa, no siempre resuelve de forma satisfactoria.

En conclusión, esta obra resulta de gran interés para el estudio de la oratoria ateniense: cualquier amante de este género literario la encontrará muy útil. Por el contrario, el análisis del constructo identitario y espiritual ateniense a través del género epidíctico que realiza Mme. Loraux es excesivamente arriesgado, y poco útil a nivel historiográfico o filosófico. En definitiva, el título “La invención de Atenas” es excesivamente ambicioso y equívoco: la oración fúnebre, tal y como se desarrolla en la democracia ática, es una invención privativa y muy particular de los atenienses, pero no se puede inferir que la propia Atenas, o la idea de Atenas, haya sido inventada a través de este tipo de retórica.

El principal problema de esta obra es que se trata de un trabajo pensado para especialistas: denso, enrevesado y difícil, pero presentada en una edición de una calidad propia de una obra divulgativa poco rigurosa. No es, en absoluto, una obra para aficionados o estudiantes primerizos, con lo que su valor pedagógico es relativamente reducido. Sin embargo, y es necesario insistir en ello para hacerle justicia, lo que resta más valor a este libro son las ya mencionadas extravagancias de la edición en español. Hecha esta salvedad, se puede afirmar que el lector encontrará en esta lectura nuevos puntos de vista sobre la cultura griega clásica, en una obra que esconde un trabajo filológico más que aceptable.

Antoni Manuel Mercé i Anyó